

# EL ESTILO DE SANTA TERESA, EN SU «CAMINO DE PERFECCION»

Por JUAN DOMINGUEZ BERRUETA

**A**CCEDIO a escribir Santa Teresa su *Camino de perfección*, a ruego de sus monjas, siendo priora de San José de Avila (1564-67).

Libro práctico, sencillo, sobre las virtudes en el claustro, y el ejercicio de oración mental y vocal. Expone de modo original y admirable la significación del *Padrenuestro*.

Libro al alcance de todos. Magnífico ejemplar de ascética española. Su estilo es característico. No es el narrativo de su *Vida*; su «alma» lo llama ella.

No es el «histórico» de las *Fundaciones*. No es el «místico» de las *Moradas*, obra cumbre de la contemplación teológica.

Ni el «epistolar» de las admirables *Cartas* teresianas, íntimas, familiares, de comunidad, inspiradas todas en el don de consejo.

El estilo típico del *Camino de perfección* nos permitimos calificarlo de «estilo de ermitaño».

En el *Modo de visitar los conventos* dice así Santa Teresa: «... mirar en la manera de hablar, que vaya con simplicidad y llaneza y religión, que lleve más estilo de ermitaños... que no ir

tomando vocablos de novedades y melindres, creo los llaman, que se usan en el mundo».

En el ensayo escrito por Menéndez Pidal, *El estilo de Santa Teresa*, expone que Juan de Valdés y otros escritores del siglo XVI toman por lema estilístico: «Escribo como hablo». Pero Santa Teresa —añade el maestro de la filología española— «ya no escribe, sino que habla por escrito».

Y aunque sabía cómo se decían los vocablos, pues era harta recreación para ella leer buenos libros (*Vida*, IV, 7), escribía *nai-de*, *cuantimás*, etc., apartándose del lenguaje correcto, por humildad, por mortificación ascética. Ella fué la que definió genialmente que «humildad es andar en verdad».

Buscaba solamente, aun apareciendo ignorante, la expresión clara, sencilla. Cuando le quitaron muchos libros de romance «que no se leyesen» dice (*Vida*, XXVI, 5)—, y lo sintió mucho, la dijo el Señor: «No tengas pena, que yo te daré libro vivo.» Y «muy poca o ninguna necesidad he tenido de libros —añade ella—. Su Majestad ha sido el libro verdadero adonde he visto la verdad.»

\* \* \*

Fray Luis de León dijo la frase definitiva del habla de Santa Teresa: «Es la misma elegancia.»

«Tiene el lenguaje teresiano —ha dicho Menéndez Pidal— un atractivo fuera, o en oposición, de todo lo que se puede llamar *literatura*.» Es un estilo antípoda del de Santillana, Juan de Mena y demás «doctos retóricos» del siglo XV. Es una «elegancia desafeitada» dijo Fr. Luis de León. «Siempre yo he sido aficionada —dice la Santa escritora— y me han recogido más las palabras de los Evangelios que libros muy concertados» (*Camino*, XXI, 4).

El afeite, *fucusus*, que llamó Cicerón; lo fingido, lo que tenga tinte de mentira, es ajeno al «andar en verdad» de la escritora castellana.

La literatura afeitada es la de los doctos retóricos, como Fernando de Herrera.

Es la «sintaxis» admirable de la Santa escritora, que camina desembarazadamente entre «anacolutos», como los del griego peculiar de San Pablo.

\* \* \*

De todo ello se deduce la originalidad del estilo del *Camino de perfección*.

Si, como afirmó Menéndez y Pelayo, «el mejor estilo es el que menos lo parece», no habrá otro ejemplo con menor apariencia de estilo que el de Santa Teresa.

Lenguaje el más difícil de pasar a otra lengua, con sus modismos típicos, con su sintaxis espontánea y libre. Y nótese que, a diferencia de autores que parece prefieren ser incomprendidos, todo su afán es «que sepa entender y decir las mercedes que Su Majestad me hace» (*Vida*, XXX, 4).

Hablar y escribir tal y como lisa y llanamente se hablaba y escribía en la vieja Castilla del siglo XVI.

Suprimió las consonantes juntas: *súdita, solene, asolver*. Y así perdió el castellano toda dureza —dice Sánchez Moguel—. Y eso mismo lo aprueba Juan de Valdés, como *acetar, sinificar*. Santa Teresa «liberó el lenguaje castellano —añade con gracia Sánchez Moguel— de la tiranía de los eruditos.» Y escribía todos los sonidos débiles con *ge* y los fuertes con *jota*. En vez de las infinitas reglas ortográficas para el uso de estas letras.

Anotemos un caso de errónea interpretación del lenguaje de Santa Teresa. Se le atribuye que llame a la imaginación la *loca de la casa*. Es notable que el error ha venido del francés: la *folle du logis*, que se atribuye, inexactamente también, a Malebranche (1). Como llama Santa Teresa a la imaginación es *taravilla de molino* (*Moradas cuartas*, I, 3). De la imaginación dice que «no se haga caso de ella más que de un loco» (*Vida*, XVII). Pero esto lo dice también del pensamiento cuando es desatinado (*Camino*, XXXI).

(1) Véase Menéndez Pidal: *El lenguaje del siglo XVI*.

«Ríase de él y déjelo para necio.» «Déjele para simple» (*Camino*, XXII). Nótese el uso que hace de la preposición *para*.

Comentemos otras frases características del estilo teresiano siguiendo paso a paso el *Camino de perfección*.

Hasta la palabra *Camino*, como símbolo de la vida moral, es frecuente en la Sagrada Escritura. Análogo al *sicut in die, honeste ambulemos*, de San Pablo (*Romanos*, XIII). El andar en verdad de Santa Teresa.

2. «*Grandes muros son los de la pobreza*» (*Camino*, II). Así decía Santa Clara. Y Santa Teresa añade: «de estos muros y de humildad» quería cercar sus conventos.

3. «*Gran cosa son letras para dar en todo luz*» (V, 2).

Expone lo que importa sean letrados los confesores. «Tener verdadera luz para guardar la ley de Dios.» «Sin este cimiento —añade— fuerte, todo el edificio va falso.» Esto es, que se está edificando «en falso».

4 «... *pues nos hizo de nonada*» (VII,8). Queremos señalar aquí la fuerza de expresión de esta palabra «nonada». Dios nos hizo de la nada. Pero esta palabra es una abstracción que no está al alcance de todo entendimiento. En cambio, «nonada» es algo concreto, que vale menos que nada, con doble negación.

«Más vale algo que no nada» (*Quijote*, I, 21).

5. «... *queda desasirnos de nosotros mismos*». «Esto es recio apartar, porque estamos muy juntos y nos queremos mucho» (*Camino*, X, 2).

La renuncia de sí mismo, la abnegación de la propia voluntad, lo expone Santa Teresa con esta imagen gráfica: «desasirse» de sí mismos, porque estamos muy juntos a nosotros mismos y nos queremos mucho.

Que «es recio apartar».

6. «... *créanme esto a mí*». «Más que disparate he dicho, que me crean a mí, diciéndolo la verdadera Sabiduría» (XIII, 3).

Lo señalamos como muestra inequívoca de que «habla por escrito».

Estaba tratando de la necesidad de humillarse cuando se recibe algún agravio o deshonra, «que no le faltará honra en esta vida ni en la otra».

Y se le ocurrió: «Créanme esto a mí.»

7. «¿Y pensáis que aunque vos, hija, no os disculpéis, ha de faltar quien torne de vos?» (XV, 7).

En la edición de don Vicente Lafuente (1881), que la hizo conforme al autógrafo de El Escorial, aparece la preposición *por*.

Santa Teresa escribió su segundo autógrafo del *Camino de perfección*, mejorado por la Santa. Debió, pues, en su estilo, parecerle mejor *de* en vez de *por*. *Tornar de vos* es como volver la cara en vuestro favor, no la espalda. En cambio, dice Santa Teresa: «Mirad cómo respondió el Señor por la Magdalena en casa del Fariseo.» Y añade: «... que ya (el Señor), al tiempo que tuvo un ladrón que tornase por El, estaba en la Cruz...» «Así que Su Majestad moverá a quien torne por vosotras.»

En estos últimos casos, en el sentido de «responder» dice «tor-nar por».

El buen ladrón, ante las negaciones e injurias al Señor de los que lo crucificaron, *responde por* El: «Acuérdate de mí cuando estuvieras en tu reino.»

8. «... *daremos mate a este Rey divino, que no se nos podrá ir de las manos, ni querrá*» (XVI, 1).

Es de lo más admirable, en estilo, este capítulo, que termina así: «Mucho me he divertido (distráido, se diría hoy); quiero tornar en lo que os decía, que es declarar qué es oración mental y contemplación...; podrá ser lo entendáis mejor por mi grosero estilo que por otros elegantes.»

«... que no se nos podrá ir de las manos». Este modo adver-

bial, tan típico de Santa Teresa, es de lo más valiente en el lenguaje de los místicos, cuyas piadosas osadías llaman la atención de los profanos.

Santa Teresa lo razona siguiendo el símil del ajedrez. «No hay dama —dice— que le haga rendir (al Señor) como la humildad; ésta le trajo del cielo en las entrañas de la Virgen, y con ella le traeremos nosotras de un cabello a nuestras almas.»

Nótese este otro modo adverbial: «... le traeremos nosotras de un cabello», tan osado, piadosamente, como el anterior.

Esos modos adverbiales caracterizan el estilo de la gran escritora, no menos que el uso peculiar de una preposición por otra.

Como aquella del *para* en vez de *por*: «... enviaros han para simple» (XXII, 1), que García de Diego, en su documentada obra sobre *Gramática histórica castellana* (1914), consigna como ejemplo de lengua clásica.

9. «... *huyen del bien para librarse del mal*» (XXI, 8).

«Nunca tan mala invención he visto —añade—; bien parece del demonio.» Se refiere a los que dicen que hay peligro en la oración: «Tenedle a él por el mismo peligro» (Ibid., 7).

«Tornad por Vos. Mirad que entienden al revés vuestras palabras.»

He ahí, en breve espacio de unas líneas, cuatro modismos característicos, con una fuerza de expresión insuperable: «Tornad por Vos»; «huir del bien»; «entender al revés»; «tenedle por el mismo peligro».

10. «... *tomándole, como dicen, la palabra de la boca*» (XXV, 1). Trata en el capítulo anterior de cómo «Dios habla al corazón cuando le pedimos de corazón». Y de cómo se ha de procurar que sea a solas, en el retiro del mundo.

Y llega Santa Teresa a afirmar «que es muy posible que estando rezando el *Pater Noster*, os ponga el Señor en contemplación perfecta». Que por estas vías muestra Dios que «oye al que le habla», «y le habla su grandeza, suspendiéndole el entendimiento

y atajándole el pensamiento, y tomándole, como dicen, la palabra de la boca, que aunque quiere no puede hablar...»

No sabemos de ningún escritor ascético, ni místico, que haya dicho en expresión más exacta el tránsito de la oración vocal en oración mental.

11. «*Por paso que hable, está tan cerca que nos oirá*» (XXVIII, 2). «Por paso», por quedo, por en voz baja que hable, está tan cerca Dios, que nos oirá. «Mirad que San Agustín —dice Santa Teresa— le buscaba en muchas partes, y que le vino a hallar dentro de sí mismo.» Que «no ha menester alas» para ir a buscarlo, sino ponerse en soledad y «mirarle dentro de sí».

En este mismo capítulo (XXVIII, 9), «que tengo por imposible, si trajésemos cuidado de acordarnos tenemos tal huésped dentro de nosotras, nos diésemos tanto a las cosas del mundo». Un «corrector», corrigió al margen: «no nos diésemos». Sin duda, sabía menos castellano que Santa Teresa, del uso del adverbio *no*. Pues con su corrección venía a significar todo lo contrario.

12. «*...hácese a nuestra medida*» (Ibid, 11).

¡Qué cosa de tanta admiración!—exclama Santa Teresa—. «Quien hinchiera mil mundos, y muchos más con su grandeza, encerrarse en una cosa tan pequeña como nuestra alma.» Y lo explica, en esta frase: «hácese a nuestra medida». «Pues si el palacio (nuestra alma) henchimos de gente baja y de baratijas, ¿cómo ha de caber el Señor con su Corte? (Ibid, 12).

«A osadas» —adañe—, «a fe» que a tal «Rey» no le dejan solo los cortesanos» (Ibid, 13).

13. «*...ganarse a sí, para sí*» (XXIX, 7).

«Señorearse poco a poco de sí mismo, no perdiéndose en balde.» En este estilo teresiano, está condensada toda la fraseología que pudiera exponer un filósofo profesional, sobre el tema clásico del dominio de sí mismo. Antes (§ 6) ha insistido en la presencia de Dios, y añade con frase gráfica, que el Señor: «no es amigo

de que nos quebrems las cabezas hablándole mucho». Que estamos tan cerca de El, que «nos entenderá por señas».

14. Veamos el *Padre Nuestro* de Santa Teresa, en su inimitable estilo.

«En comenzando, nos henchís las manos»—llamando nuestro Padre a Dios—«y sería harto bien henchirse el entendimiento, para ocupar de manera la voluntad, que no pudiese hablar palabra.»

Que el Hijo de Dios se humilla a tal extremo en juntarse con nosotros al pedir, y hacerse hermano «de cosa tan baja y miserable», al enseñarnos a orar: *Padre nuestro*.

Ya que Vos, con el amor que nos tenéis, y con vuestra humildad, «no se os ponga nada delante».

«Habéis andado rodeando —añade en frase admirable— encubriendo al demonio que sois Hijo de Dios», y con el gran deseo que tenéis de nuestro bien, «no se os pone cosa delante» —vuelve a repetir— «por hacernos tan grandísima merced.»

15. «*Santificado sea tu nombre, venga en nosotros tu reino*» (XXX, 4).

Es más clásico y más castellano «venga en nosotros», que «venga a nosotros».

«Vaya uno en tierra de cristianos» (*Quijote*).

Las formas gramaticales, «sea el tu nombre», y «venga a nos el tu reino», son anticuadas, aunque se conserven entre el pueblo, en Castilla la Vieja.

En el capítulo siguiente (XXXI, 12), dice de personas que son tan amigas de hablar, y de rezar muchas oraciones vocales muy apriesa, como quien quiere acabar su tarea, «que aunque, como digo, les ponga el Señor su reino en las manos, no lo admitan».

16. «*Sea hecha tu voluntad, y como es hecha en el Cielo, así se haga en la tierra*» (XXXII, 2).

Nótese la diferencia del modo usual de decir, «hágase tu volun-

tad, así en la tierra como en el cielo». *Así, como*. Estas palabras están como conjunciones solamente. En cambio, en la forma tere-  
siana: «*como* es hecha..., *así* se haga», indica, en adverbios, del modo de hacer la voluntad de Dios, en el cielo, como en la tierra. Y lo aclara más Santa Teresa, cuando añade: «porque hecha la tierra cielo, será posible hacerse en mí vuestra voluntad».

17. «*El pan nuestro de cada día dánoslo hoy*» (XXXII, 1).

La Academia Española (edición de 1895), dice que para el acusativo, en género masculino, se admite indistintamente *le* y *lo*. Sin embargo, parece más correcto decir, con Santa Teresa, *dánoslo*, que *dánosle*. *Dalo* a nosotros, el pan, no es, indistintamente, lo mismo que: *Dale* a nosotros...

Alude después la gran mística al pan eucarístico.

Llama al pan eucarístico «maná de la humanidad» (XXXIV, 2).

«De otro pan —dice (Ibid, 4)— no tengáis cuidado..., no curéis gastar el pensamiento en ningún tiempo; sino trabaje el cuerpo, que es bien procuréis sustentaros, y descanse el alma.» «Pidan también su pan —dice en el cap. XXXVII— «conforme a sus necesidades», los que aun viven en la tierra.»

Aun del provecho temporal de recibir el pan de la Eucaristía, dice la Santa en su estilo: «Y no suele Su Majestad pagar mal la posada, si le hacemos buen hospedaje» (Ibid, 8).

18. «*Y perdónanos, Señor, nuestras deudas, así como nosotros las perdonamos a nuestros deudores*» (XXXVI, 1).

Es mucho más exacta esta fórmula que la usual de «así como nosotros perdonamos a nuestros deudores». Las ofensas, «las deudas», son las que tenemos que perdonar a nuestros deudores.

19. «*E no nos traigas, Señor, en tentación, mas libranos de mal*» (XXXVII, 5).

Habla la santa de unos enemigos traidores, que se transfiguran en ángel de paz. Y dice que pidamos al Señor «no consienta andemos en tentación, que nos traigan engañadas» (XXXVIII, 2).

Notemos cómo es más correcta esta fórmula teresiana: «no nos traigas en tentación», que no la de: «no nos dejes caer en la tentación». Pues aquí parece que nos atrevemos, como los niños, a andar en pasos de peligro, contando con el cuidado de quien no nos deje caer. Que «no andemos» en tentación. No nos «traigas», puesto que nos movemos «en Dios».

20. «*Mas libranos del mal. Amén.*» (Camino XLII.)

«Amén» —dice aquí Santa Teresa—, «entiendo yo que pues con él se acaban todas las cosas, que así pide el Señor seamos librados de todo mal para siempre.»

Y en este capítulo termina su *Camino de Perfección*, con estas palabras, «que yo me doy por bien pagada del trabajo que he tenido en escribir, que no por cierto en pensar lo que he dicho».

Hermosa manera de reafirmar su humildad, y de dejar adivinar lo inspirado de sus escritos.

\* \* \*

Hemos terminado de examinar las características de estilo del *Camino de Perfección*.

Lenguaje rico en metáforas del mundo de los sentidos, para acertar a decir algo de las cosas sobrenaturales. Lisa y llanamente «como en plática familiar de vieja castellana junto al fuego».

Y en esa lengua vulgar escribió de materia tan profunda como la teología mística, que hasta entonces sólo se expresaba en latín, porque se consideraba el romance como impropio e inadecuado, para exponer la ciencia de los teólogos.

A la lengua de Santa Teresa se pueden aplicar los versos de Prouza del *Cancionero general* (1511), que decían:

«Aquí se demuestran, la pluma en la mano,  
los grandes primores del alto decir,  
las lindas maneras del bien escribir,  
la cumbre del nuestro vulgar castellano.»

Se puede recordar, por último, la obra del Arcipreste de Talavera, *El Corbacho* (1548), del que dice Menéndez y Pelayo : «La lengua desarticulada y familiar, la lengua elíptica, expresiva y donairoso, la lengua de las conversaciones, la de la plaza y el mercado, entró por primera vez en el arte, con una bizzarria, con un desgarró, con una libertad de giros y movimientos, que anuncian la proximidad del gran arte realista español.»

Santa Teresa, sin preocupación alguna de «literatura» y aparte de la inspiración divina, que movía su mano, en su lenguaje encierra todas las buenas cualidades del saber popular, con modismos de refranero.

El realismo clásico halló su expresión en el estilo de Santa Teresa.

